

*Nacionalismos en Yugoslavia:
antecedentes y problemas actuales*

*Trivo Indic
(Universidad de Belgrado)*

Al enfocar el tema de los rasgos específicos del nacionalismo en el área balcánica (o sudeste europeo) -especialmente en los territorios que hasta hace poco formaban parte de Yugoslavia- mantengo la tesis de que *la religión ha tenido un papel esencial en el surgimiento y la perpetuación del nacionalismo*. Las escisiones religiosas han sido y siguen siendo la causa tanto de todas las divisiones (conflictos) nacionales en esta parte de Europa, como de verdaderas guerras religiosas que han sacudido Yugoslavia durante la II Guerra Mundial y actualmente. Por eso llevan razón los que opinan que la tolerancia religiosa es la premisa fundamental de toda tolerancia política y nacional en Yugoslavia. Solamente así es posible crear las premisas para una convivencia civilizada, análoga a las que fueron creadas después de las guerras religiosas en Europa occidental. Tal como dijo el filósofo yugoslavo Tadić: «nosotros estamos aún en el prefacio de la paz de Westfalia».

La segunda tesis que me parece aceptable es que en Yugoslavia, al igual que en la mayor parte de los países de Europa del Este -particularmente después de la desintegración de la Unión Soviética- la euforia nacionalista de las últimas dos décadas ha sido la sustitución de la democracia, la sustitución por la ausencia de la democracia. La libertad de la nación o del estado nacional nunca puede sustituir la libertad de los ciudadanos, aún menos en los países agobiados por los antagonismos nacionales. La glorificación de la soberanía nacional, o sea, de la soberanía del estado nacional no sólo conlleva el totalitarismo de la homogeneización nacional y la discriminación de otras naciones sino que también supone la opresión de los individuos y los ciudadanos. Las oligarquías nacionales ocultan sus intereses particulares bajo el pretexto de la solidaridad nacional, ocultando en esa forma las diferencias y conflictos sociales y políticos en el propio medio. Toda ideología *Volksgemeinschaft* (comunidad nacional), tanto en el fascismo como en el socialismo autoritario (stalinismo), reduce el nacionalismo a su componente populista (*völkische*) lanzando el lema «Opresores y oprimidos de la misma nación uníos» El egoísmo nacional y el etnocentrismo, base de la política de estado, confunden el pueblo con la nación y la soberanía popular (democracia) con la soberanía nacional.

El nacionalismo exacerbado tiende a perpetuar la tensión psicológica, la adoración de «la idea nacional» tratando de prescindir, anular todas la diferencias políticas y de clase, poniendo siempre en un primer plano «el interés nacional» y la supervivencia nacional. Este tipo de nacionalismo enfatiza permanentemente la idea del *estado nacional* en lugar de la idea universal de la comunidad popular, la comunidad humana; enfatiza el espíritu de la «autoayuda» nacional y la autarquía nacional en lugar de la solidaridad internacional y acuerdos democráticos. Puesto que no admite el espíritu de la hermandad y universalidad humana, el nacionalismo no reconoce la idea de la justicia como parámetro crítico de la política. En lugar de eso, el nacionalismo extremo enfatiza la teoría de la fuerza y el derecho del más fuerte, la guerra como una virtud y causa justa en la arrogancia nacionalista («furor teutonicus»). Ahí donde la nación se convierte en la base predominante de la vida política, la democracia no puede ser promovida. Eso corresponde a lo que escribió Wilhelm Hennis: «A un ciudadano común y corriente que forma parte de una nación occidental no le da lo mismo, pero tampoco le es fundamental si nació como suizo, inglés o canadiense... La no pertenencia a ésta u otra nación sino el carácter del gobierno, determina el carácter de una comunidad política moderna y el destino de las personas que constituyen esa comunidad... No la nación sino la forma del gobierno, ha sido promovida como categoría política predominante tal como ocurrió hasta el siglo 18» (en el *Politik und praktische Philosophie*, 1963). En los periodos de las grandes crisis sociales, como son estas que sacuden las sociedades de Europa del Este (quiebra del sistema del socialismo estatal autoritario), se da el fenómeno de que un estado de anomia fácilmente busca el recurso en la idea de la nación.

La nación y los sentimientos nacionales están instrumentalizados, se exagera el sentimiento de la pertenencia de grupo, del destino común y la solidaridad. Agregando a eso la identificación de la nación con la religión, que es el caso más común de las sociedades de Europa del Este, asistimos al surgimiento de un sistema de valores muy fuerte y al mecanismo de la movilización social. Este tipo de «la teología de la nación» ha demostrado su éxito tanto en el caso de la religión católica (por ejemplo, Polonia, Croacia, Ucrania) como en la religión ortodoxa (Serbia, Macedonia, Armenia, Rusia) y el fundamentalismo islámico (Bosnia y Herzegovina, Kosovo, Repúblicas ex soviéticas del sur asiático).

Las grandes naciones históricas han comenzado su existencia a la par con la creación de los estados centralizados y el triunfo del principio de la soberanía estatal sobre la supremacía papal, a partir de la quiebra de las monarquías absolutistas y la creación de la sociedad civil (sistema de la democracia representativa).

Las de Europa del Este forman parte de las llamadas naciones tardías (verspätete Nation), en términos de H. Plessner y podemos constatar que esas sociedades en principio sólo hacen una imitación de la trayectoria de las naciones desarrolladas, o sea, históricas.

Mientras que esas naciones «históricas» (que en el pasado han satisfecho sus aspiraciones imperialistas y como *grandes potencias* han logrado la estabilidad del orden estatal) inclinan a cierto tipo de nihilismo nacional (para ellas la cuestión

nacional no juega un papel decisivo) y siguen aspirando hoy en día a las alianzas supranacionales, por el contrario «las naciones tardías» están cargadas de impaciencia y tienden a las formas extremas que llegan hasta el paroxismo nacional con arrogancia y agresividad manifiestas.

El filósofo que ya mencionamos, Tadich, afirma que este espíritu agresor de las naciones tardías muy a menudo exprime sus rasgos trágicos «que se manifiestan como una laceración entre grandes deseos y limitadas posibilidades históricas». *Es por eso que la actual situación yugoslava, al igual que la de los países de la ex Unión Soviética, corrobora de la mejor forma dichos rasgos trágicos.* Aquí asistimos a la repetición de la experiencia del fanatismo nacional, que extrae propia energía de un pasado romántico-mitológico y muy a menudo falsificado; dicho fanatismo es un caldo de cultivo para una fuerza cruda y brutal («espíritu guerrero») y la forma de vida «heroica», para la supresión de todo tipo de libertades políticas y civiles y para la subordinación forzada del individuo a los intereses abstractos de la nación y al culto del caudillo (*Führerdemokratie*). Todos los motivos y «argumentos» del romanticismo político conservador del siglo XIX han surgido como reacción contra los logros democráticos de la gran revolución francesa, han sido utilizados al máximo (autoridad patriarcal, idealización de los caudillos y élites, desigualdad racial y étnica, xenofobia, etnocentrismo, ideología de «Blut und Boden», etc.).

Somos testigos de un vacío en el cual florece el nacionalismo. Ahí donde la democracia está en regresión se puede observar que en la misma medida crece la conciencia nacional y «estatal», que en lugar de las libertades y derechos políticos y sociales surge como una sustitución de la perversión nacionalista; en lugar de la justicia social y la igualdad humana aparece la conciencia falsa y la práctica formalizada de «las cuotas nacionales». Es una ilusión peligrosa pensar que la emancipación nacional es factible por sí sola sin un programa de emancipación humana, de autoliberación humana.

En los nacionalismos yugoslavos el pasado atávico es el dueño soberano del presente y del futuro. La historia concebida exclusivamente como pasado siempre ha sido el instrumento de la conciencia y cultura nacional conservadora. Los conflictos actuales en Yugoslavia son consecuencia de la escisión religiosa (el cisma) dentro de la iglesia cristiana, cuando en 1054 la iglesia griego ortodoxa se separó de la iglesia católica romana. A partir de la llegada de los eslavos a la península balcánica (desde la segunda mitad del siglo V) comienza el dominio sobre las tribus eslavas y los primeros estados feudales eslavos (que surgen a comienzos del siglo IX). La identificación religiosa antecedió a la nacional y política y siempre ha sido en los Balcanes el fundamento de ambas. La iglesia ha sido durante siglos la institución cultural más relevante en el mundo de los eslavos del sur. Todos los pueblos eslavos tienen el mismo origen étnico de modo que su primer alfabeto ha sido el mismo - cirílico- en el cual divulgaban el cristianismo desde el siglo IX al XIII en el idioma eslavo (eslavo eclesiástico). Cuando el príncipe croata Tomislao se vinculó a la iglesia latina con el fin de obtener el apoyo del Papa y ser reconocido como rey (en 925), él junto con Juan X prohibió el servicio religioso en el idioma popular, el idioma eslavo.

Desde entonces el Papa romano, apoyado por las fuerzas ocupantes de Venecia, Austria, Alemania y Hungría, impuso el catolicismo, el idioma y el alfabeto latinos a los eslavos dividiendo el colectivo eslavo en la parte oriental y la occidental. Lo mismo ocurrió a los eslavos que llegaron a finales del siglo VI a los Alpes orientales. Bajo la influencia de los bávaros han sido sometidos a la cristianización y al feudalismo; desde la época de los herederos de Lodovico el Pío (después de 843) hasta 1918 estas tierras suyas (Eslovenia) han sido parte integrante del estado alemán y austríaco. Esa rama del pueblo eslavo -que se llaman actualmente eslovenos- ha sido sometida durante siglos a la asimilación y opresión nacional. A finales del siglo XVIII y a comienzos del siglo XIX surgió la primera intelectualidad eslovena (Ziga Cojs, Vodnik, Lonhart, Kopitar) así como el renacimiento nacional y cultural. Ellos comenzaron con la demanda del uso del idioma esloveno en las escuelas y administración pública, lo cual fue seguido por la demanda de las libertades civiles y la autonomía política. En el marco de la resistencia a la germanización y al absolutismo de Meternich, un papel muy significativo jugó el poeta France Presern (1800-1849) y su círculo de reformadores. Una vez creado el reino de los serbios, croatas y eslovenos (1918), los eslovenos adquirirán todos los derechos nacionales así como la identidad cultural.

El pueblo más numeroso entre los eslavos del sur -los serbios- fue sacudido por esas escisiones religiosas y se inclinó a Bizancio aceptando la religión ortodoxa. Durante el período del Emperador Dusan (1331-1355) el estado serbio se hizo el más poderoso en los Balcanes y se adueñó de su parte central, Macedonia, Albania y Grecia del Norte. Con la llegada de los turcos a los Balcanes (a finales del siglo XIV) desaparece dicho reino serbio y comienza el proceso de islamización de los Balcanes. A comienzos del siglo XIX, a través de las insurrecciones contra el imperio otomano los serbios recuperan su propio estado (1815) y se convierten en el centro que aglutina a todos los eslavos del sur encarnando sus aspiraciones en pos de la liberación nacional del dominio de las grandes potencias vecinas (Imperio austro-hungaro, Turquía, Italia).

Por consiguiente, la religión ejerció una influencia decisiva en virtud de que los pueblos eslavos en los Balcanes no han sido constituidos como nación única a pesar de tener raíces comunes y la misma tradición cultural. El nacionalismo balcánico es de carácter religioso y la religión ha sido y sigue siendo la causa principal de las discrepancias entre las naciones. Es cierto que todos los movimientos nacionales en los Balcanes a finales del siglo XVIII empezaron por la creación de la intelectualidad nacional, la población urbana y la argumentación ligüística europea, pero han traicionado las metas de la secularización social consecuente. Los rasgos de ese tipo de nacionalismo, según Milorad Ekmecic, son:

- Presencia creciente de elementos irracionales en la ideología que exacerban las diferencias entre las comunidades étnicas mixtas.
- Milenarismo en la política y obsesión de fines maximalistas; cualquier evento banal es suficiente para poner en tela de juicio la convivencia en el estado conjunto (la política real es irreal).

- Función mitológica de la ciencia histórica (la historia como ciencia que se convierte fácilmente en creadora de los mitos nacionales).
- En las épocas de crisis históricas la intolerancia religiosa se convierte en la base, fundamental de la aglomeración político-militar.
- Provincialismo cultural: el idioma está identificado con las divisiones religiosas, así como la cultura en su conjunto (es el caso de la cultura croata que enfatiza permanentemente la peculiaridad del lenguaje literario croata).
- Dependencia de metrópolis eclesiásticas extranacionales. Dentro de este tipo del nacionalismo, por todas las penurias (que el ciudadano sufre del propio gobierno) se acusa al pueblo de otra confesión. De ahí surge el antilatinismo, antibizantismo, antiislamismo fuertes en los enfrentamientos bélicos actuales en Yugoslavia. Una influencia predominante para buscar la identidad nacional en el marco de la propia iglesia y no, por ejemplo, en la idea de que la nación es la comunidad lingüística como ejercen los países católicos vecinos (Austria, Italia, Hungría).

La Iglesia Católica siempre ha sido un obstáculo para que los pueblos yugoslavos se unifiquen de forma democrática y liberal, por miedo a que la vida social de los creyentes se escape a su control.

El renacimiento nacional entre los eslavos comienza a finales del siglo XVIII, tanto entre los que han vivido bajo el imperio Habsburgo (Sacrum Imperium) como entre los que estaban bajo el feudalismo de Turquía. En los Balcanes el movimiento nacional empieza por los griegos seguidos por los serbios. El movimiento nacional croata se atrasó con respecto al serbio, el esloveno se dió después del croata. El movimiento nacional bulgaro tomó fuerza después de 1830 y el macedonio y albanés poco después de 1878. Entre los últimos se produjeron movimientos musulmanes de turcos y albaneses. Nuevas capas sociales (capas medias y altas, como la intelectualidad) fueron creadores de los primeros programas nacionales. En 1790 los serbios presentaron en la Asamblea de Timisoara el primer programa nacional (la llamada *Gravamina et postulata*, invocando a Montesquieu); el primer serbio que empleó la palabra «nacionalista» en el idioma serbocroata fue Dositej Obradovic en 1793. Este seguidor de la filosofía del racionalismo y la ilustración, partidario de las reformas de Joseph II (josefinismo) comenzó la lucha para que el lenguaje popular de los serbios se hiciera lenguaje literario. El argumentaba que el idioma es igual que la comunidad étnica y que los límites de ese idioma son a la vez fronteras de ese pueblo (independientemente del estado en que viva ese pueblo y de las iglesias a que pertenezca). Así que Dositej escribió que los habitantes de Serbia, Bosnia, Croacia (salvo el dialecto kaykavski que usan los campesinos al norte de Zagreb) Slavonia, Srem, Backa y Banat (Vojvodina actual) hablan el mismo idioma. *El renacimiento nacional ha ido acompañado por la lucha por la estandarización del lenguaje literario popular y la divulgación de la red de escuelas y la enseñanza del idioma.* El dominio de la iglesia dentro del renacimiento nacional no ha sido puesto en duda y todos los esfuerzos de la cultura secularizada para definir la nación según las fronteras lingüísticas y de acuerdo con lo que en conciencia fue una vez el conjunto eslavo, contradice los motivos de la

iglesia para perpetuar la mencionada escisión religiosa.

Este conglomerado religioso y nacional de los eslavos del sur se unificó por primera vez en estado único en diciembre de 1918. Esta unificación fue fruto de un largo trabajo precedente y del impulso del renacimiento del siglo XIX (al igual que en Europa, especialmente después de 1848). Sin embargo, el reino de Serbia y su dinastía jugaron el papel del Piamonte porque en la guerra de 1914-1918 estuvo al lado de las potencias vencedoras y liberó todos los territorios de los eslavos del sur en los Balcanes (Eslovenia, Croacia, Dalmacia, Macedonia) de siglos de ocupación austrohúngara y turca.

Sin embargo, el llamado Reino de Yugoslavia, durante su breve existencia (fue ocupada en 1941 por parte de Alemania y sus aliados) fue un caldo de cultivo para la perpetuación de los conflictos religiosos y los separatismos étnicos. En ese reino estaban muy preocupados la Iglesia Católica y los separatistas Croatas porque temían el predominio de la Iglesia Ortodoxa y la dinastía serbia. En el nuevo Reino de Yugoslavia entraron los únicos dos estados soberanos eslavos del siglo XIX -Serbia y Montenegro- renunciando a propia soberanía en favor de una nueva comunidad de todos los eslavos del sur.

En 1941 los separatistas croatas cumplieron su sueño -estado independiente croata, colaborando en la destrucción de Yugoslavia y aceptando la tutela de Hitler y Mussolini sobre el llamado Estado croata independiente- NDH. Fue un estado títere de Italia y Alemania, cuyo poder detentaban los ustachi, organización fascista de los separatistas croatas. El líder de los ustachi fue Ante Pavelic. Durante su breve existencia (1941-1945) este estado perpetró un genocidio inaudito contra los serbios. En los campos de concentración fueron asesinadas 800.000 personas, la mayor parte serbios y judíos. Este genocidio sigue entorpeciendo las relaciones entre los serbios y los croatas. El nacionalismo extremo croata siempre ha gozado del apoyo del Vaticano, particularmente en la conversión forzada de los serbios a la fé católica en el período del Estado independiente croata.

El Reino de Yugoslavia ha sido despreciado también por el Partido comunista de Yugoslavia (PCY), como seguidor fiel de la III Internacional (Comintern). Yugoslavia ha sido considerada como «el eslabón más débil» dentro del cerco capitalista de la Unión Soviética. A través de la destrucción de Yugoslavia, la URSS habría protegido su ala sur (creando una serie de pequeños estados soviéticos satélites en el marco de la Federación Balcánica). Al PCY se le asignó la tarea de extirpar de Yugoslavia a Eslovenia, Croacia, Macedonia, Kosmet y Vojvodina. Por entonces en la dirección del PCY predominaban los cuadros de Eslovenia y Croacia. Ante el peligro de la Alemania hitleriana, la Comintern admite la supervivencia de Yugoslavia en forma confederal. El derecho a la autodeterminación y la separación es negado únicamente al pueblo serbio.

En el lapso de 1941-1945 en Yugoslavia se libró la guerra de liberación contra Alemania y sus aliados. Después de esa guerra, los comunistas yugoslavos salieron como vencedores, como el partido más fuerte, suprimieron la monarquía y constituyeron la Yugoslavia socialista (la llamada «segunda Yugoslavia»). Desde 1945 hasta

1989-90 en Yugoslavia rigió el sistema monopartidista (con el Partido comunista en el poder), y se convirtió en una federación de seis repúblicas (Eslovenia, Croacia, Serbia, Bosnia-Herzegovina y Macedonia). Como nuevos pueblos fueron reconocidos los macedonios, montenegrinos y musulmanes y las minorías nacionales obtuvieron todos los derechos políticos y culturales. Siendo el pueblo más numeroso, los serbios, y a pesar de tener su propia unidad federal (Serbia), seguirán dispersos en las demás repúblicas yugoslavas (particularmente en Croacia, Bosnia-Herzegovina, Montenegro y Macedonia).

45 años de sistema autoritario, monopartidista (encabezado por Josip Broz Tito, de nacionalidad croata) produjeron en Yugoslavia una crisis de legitimación, una profunda crisis política y económica. Debido a eso, la oposición demandó reformas democráticas.

Asimismo, la oligarquía partidista comenzó a descomponerse en seis centros de poder según las repúblicas y el Partido comunista (o la Liga de los comunistas) se ha ido transformando en seis partidos nacionales (de 6 repúblicas). La Constitución federal de 1974 convirtió de hecho Yugoslavia en una confederación, permitiendo a las oligarquías partidistas de las seis repúblicas constituirse como unidades independientes en términos económicos, político y jurídicos. Esta tendencia a la confederalización convenía a las fuerzas nacionalistas aún presentes, que nunca dejaron de aglutinarse en torno a sus iglesias nacionales.

También convenía al jefe del estado y del partido yugoslavo Josip Broz Tito, porque aplicando el principio «divide et impera» podía preservar fácilmente el poder vitalicio. Con la muerte de Tito (1980) terminó la política oficial de «la unidad y fraternidad» entre los pueblos yugoslavos y comienzan las pugnas abiertas entre los diversos grupos y movimientos nacionalistas. Los grupos que ostentaban el poder dentro del Partido comunista empezaron a recurrir al nacionalismo como arma segura de su propia legitimidad.

En este sentido, primero en Eslovenia y Croacia (entre 1969 y 1972) fueron lanzados por parte de los partidos comunistas los programas comunistas de índole nacionalista y las demandas en pos de la confederación y la economía separada. La soberanía económica de las unidades federales yugoslavas fue dirigida contra el mercado unido yugoslavo.

Las primeras elecciones libres parlamentarias de repúblicas en Yugoslavia, en el curso de 1989-1990, estuvieron marcadas por el triunfo de los partidos nacionalistas y cleronacionalistas (Eslovenia, Croacia, Macedonia y Bosnia-Herzegovina). Solamente en dos repúblicas (Serbia y Montenegro) ganaron anteriores partidos comunistas (que actualmente se denominan «socialistas»), también ellos están impregnados de cierta dosis de nacionalismo moderado. Todas estas elecciones se celebraron dentro de un marcado sistema presidencialista, de un fuerte poder ejecutivo y un sistema electoral mayoritario. Nuevos líderes, al poco de asumir el poder, comenzaron a poner en práctica sus programas separatistas, sin vacilar inclusive ante los enfrentamientos bélicos con el poder legal de la federación. *Eslovenia fue la primera que se separó de Yugoslavia en 1991 tras provocar el*

conflicto bélico con el Ejército popular yugoslavo, en cuyo conflicto el ejército no quiso tomar parte y se retiró del territorio de Eslovenia.

Croacia siguió el ejemplo de Eslovenia, así como Macedonia y los musulmanes de Bosnia y Herzegovina. Las únicas repúblicas que desean la continuidad de Yugoslavia, como una nueva comunidad democrática, son Serbia y Montenegro, que se unifican en un estado conjunto hasta junio de 1992. Asimismo, la población serbia de Croacia y Bosnia-Herzegovina anhelan la continuidad de Yugoslavia. Esta nueva y la tercera Yugoslavia se percibe como la solución más idónea para aglutinar en una comunidad a una población tan mezclada étnicamente. Se refieren en primer lugar a los serbios, musulmanes y en buena medida también a los croatas y los albaneses. *El verdadero problema de Yugoslavia es que en ella es casi imposible (salvo en caso de Eslovenia) marcar las fronteras étnicas claras.* La población está entremezclada tanto en términos territoriales como, por los matrimonios mixtos, en términos étnicos (de los 24 millones de habitantes de Yugoslavia se calcula que 6 millones provienen de dichos matrimonios mixtos) de modo que toda demarcación étnica pura resultaría irrealizable. Esto lo demuestra particularmente el caso de Bosnia y Herzegovina; donde viven tres fuertes grupos étnicos (serbios, croatas y musulmanes) y donde un 30% de la población proviene de matrimonios mixtos. Cada uno de estos tres pueblos desea crear su propio estado, lo cual supone una confederalización o cantonalización forzada de esta céntrica república yugoslava.

Los conflictos bélicos en Yugoslavia desencadenaron políticas nacionalistas separatistas, incentivadas y respaldadas por tres confesiones principales (católica, ortodoxa e islámica) así como por las potencias extranjeras que aún no han renunciado a sus ambiciones imperiales en los Balcanes. Si el Vaticano y la Iglesia católica, Alemania, Austria, Italia y Hungría no hubiesen prestado ayuda abundante a los separatistas de Eslovenia y Croacia, Yugoslavia habría permanecido como una federación unida. Este conjunto de países pertenecientes al «Imperio romano sacrosanto» utilizó la CE (Comunidad Europea) para satisfacer sus ambiciones en los Balcanes. Ambiciones semejantes tienen Albania, Bulgaria y Turquía, que a través de sus minorías étnicas en Yugoslavia, desean lograr sus propias zonas de influencia, o sea, lograr la llamada Gran Albania, Gran Bulgaria y el primer estado islámico en Europa: Bosnia.

El ejemplo de Yugoslavia, así como los de los nuevos estados de la ex Unión Soviética, demuestran que el sueño sobre los estados étnicos en Europa aún no ha desaparecido. En Europa cualquiera puede invocar al pasado para lograr sus metas separatistas.

Sin embargo, este romanticismo nacional tardío en forma de nacionalismo extremo (que hoy en día se manifiesta hasta en el genocidio) es regresivo en términos históricos, dado que engendra comunidades totalizadas de tipo cerrado, basadas en la discriminación racial, religiosa y étnica. Por cierto, se puede lograr la liberación nacional sin que ello suponga la liberación democrática, civil, humana. El principio de la autodeterminación nacional y de la soberanía étnica conlleva el simulacro de la libertad (*simulacra libertatis*) y el peligro de anular la autodeterminación individual

y la soberanía del ciudadano-individuo. En tal caso la democracia da paso a la naciocracia y las pasiones nacionales que son la sustitución de la vida democrática. La organización o la institución que su colectivismo abstracto recalca como el principio supremo -el desdén del individuo-, independientemente de los pretextos ideológicos, y siempre será una trampa para la libertad humana. El recurso de las fuerzas y movimientos autoritarios a la nación, tal como dijo Denis de Rougemont (en *L'aventure occidentale de l'homme*), siempre será «la enfermedad peculiar de Occidente».